

Crónica

Estado de cuarentena

por **María Sonia Cristoff**

Escrito en 2008 y hasta ahora inédito, el texto que sigue deja constancia de la visita de su autora al campo de refugiados palestinos de Chatila, en Beirut. Además del invalorable testimonio directo, la crónica ofrece una puesta en contexto de una situación que, lejos de resolverse, se ha convertido en uno de los mayores problemas del mundo actual.



Tres golpes secos en el capot nos indican que llegamos. Yo hubiese esperado que fuera algo mucho más evidente lo que señalara que estábamos ya dentro del campo de refugiados de Chatila. Uno de los cuatro hombres –¿o son cinco, siete?– que nos siguen desde hace unas cuadras, desde que el auto en el que me llevan empezó a andar más lento, me indica que ahora sí puedo bajar y me marca la dirección en la que caminaremos. Tal como me habían alertado, ni soñar con andar libremente por acá. Una cabra negra nos mira, concentrada, mientras mastica algo que sin duda encontró en la montaña de escombros sobre la cual está parada. Esta cabra y estos escombros también, evidentemente, son indicios de que llegamos: me resulta imposible imaginarlos en las proximidades de cualquiera de los restaurantes de Beirut que figuran en mi guía de viajes, esa otra Beirut que, como Buenos Aires, juntó puntos para ganar asociaciones en el imaginario y ser conocida como “la París de Medio Oriente”. A medida que me voy internando en calles que cada vez se vuelven más estrechas y más húmedas y más oscuras aun en esa mañana con sol, concluyo que no era entonces una delimitación explícita lo que señalaría la entrada al campo de refugiados: sería más bien este lento adentrarse en la precariedad.

Voy a entrevistar a Saleh, porque me aseguraron que se trata de alguien que conoce como pocos la historia de Chatila, el campo que pasó a ser muy citado después de la masacre que ocurrió acá en 1982. *Vamos*, debería haber dicho, me doy cuenta a las pocas cuadras. No seríamos entonces, como también había imaginado mal, el traductor y yo, sino un grupo el que entrevistaría a Saleh. Y después, cuando sigamos camino a lo largo del día, a este grupo inicial se le irán sumando otros

–hombres, siempre hombres, casi todos muy jóvenes– que facilitarán algunas cosas y, a la vez, conspirarán contra la invisibilidad anhelada por todo cronista –o por algunos cronistas, pero ese es otro tema.

Cuando llegamos al fin de una callecita sinuosa y subimos una escalera estrecha de cemento veo que tampoco mi entrevistado está solo. Su mujer y varios de sus hijos, que son ocho, están ahí. Su casa, esta casa a la que llegamos, fue reconstruida tres veces, me cuenta Saleh. Dos de esas veces después de los enfrentamientos de mediados de los ochenta entre el grupo shiita Amal y la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) entonces liderada por Yasser Arafat. Y una tercera vez, después de la invasión israelí al Líbano de 1982 en la que murieron 2000 palestinos de este campo y del de Sabra, que está solo tres kilómetros más allá. Saleh es uno de los escasos sobrevivientes de esa operación liderada por Ariel Sharon –entonces Ministro de Defensa israelí– que estaba destinada a erradicar de Beirut hasta el último integrante de la OLP y que terminó en masacre indiscriminada. Desde la puerta de su casa, entonces, me señala un edificio. Hace esfuerzos para que yo lo ubique, aunque para mí es imposible ver más que una serie idéntica. Desde ahí Sharon siguió los ataques. Él lo vio con sus propios ojos.

Saleh cuenta cómo sobrevivió a eso y a tantas otras cosas con la asepsia de los que han aprendido a manejar la distancia para seguir adelante. Ni un solo instante de arenga ni de melodrama. En un momento se levanta para apagar el televisor y entonces intuyo que ese gesto será la introducción a un capítulo todavía más complejo. O la sintonización de un tono confesional. Pero no, más bien lo contrario. Ellos dos son sus hijos mayores, me dice, Rwana y Jihad. Jihad es un adolescente de pelo engelado en el que alternan esas oleadas de desafío y de

timidez entre las que transcurren tantas adolescencias. No logró terminar el colegio, tampoco conseguir trabajo. Ninguna de las dos cosas es fácil acá, dice Saleh. Por eso Rwana, que es la mayor, se está por casar con un palestino que se fue a vivir a Suecia, donde tiene un muy buen trabajo y la posibilidad de estudiar para ser mecánico. Allá va a estar mejor, asegura, y Rwana asiente con cara iluminada. De la masacre, no quiere agregar nada más.

La mujer de Saleh aparece con dos bandejas llenas de vasos de té, que todos tomamos. El cuarto en el que estamos no tiene ventanas, la única luz que entra viene desde la puerta. Una luz tenue, mezquina. Hace al menos tres horas que estamos acá y ninguno de mis múltiples acompañantes se movió, ninguno se fue a hacer nada urgente. Una forma de sumarse a lo que va pasando menos ligada a la curiosidad que a la indolencia de miles de vidas sin rumbo, un tipo de errancia que de baudelaireana no tiene nada. Saleh le pide a uno de sus hijos que traiga algo del cuarto de al lado, y el chico viene con un cuadro rectangular enorme, tan ancho que se ve obligado a sostenerlo con los brazos abiertos en cruz. Me acerco –nos acercamos– y veo que no se trata, como había también pensado mal, de una pintura sino de una foto. Protegida con un vidrio y enmarcada en dorado. Es Majd el Kurum, me explica Saleh, el pueblo de Galilea de donde viene su familia. Le pide a ese mismo hijo que la ubique ahí, en un estante que, recién entonces noto, está plagado de muñecos de paño lenci, todos de colores, muchos del mundo de Disney. Son, seguro, más de treinta, y me resultan fantasmagóricos. Saleh se recuesta en su silla, se retrae, como si la llegada de ese cuadro hubiese marcado el fin de lo que tenía para decir.

Hubo otra serie de golpes secos en el principio de este recorrido por el campo de refugiados de Chatila, en la idea de ve-

nir a verlo. Así me desperté la primera mañana de mi estadía en Beirut: con el ruido que hicieron los libros que una amiga en cuya casa me quedaba depositó en mi mesa de luz. Me dejaba “esa pilita como para que fuera entrando en tema”, me dijo antes de salir corriendo a trabajar. Me acuerdo de haber mirado la pila, inicialmente, con cierta fiaca. Me imaginé que no agregarían mucho más al Oriente Medio que me esperaba ahí nomás, en cuanto dejara atrás los dos días que pensaba quedarme en Beirut, y que yo había leído ya en T.E. Lawrence, Freya Stark, Chateaubriand, Flaubert, Alexander Kinglake, Johann Burckhardt, Annemarie Schwarzenbach, Isabelle Eberhardt y demás referentes obligados de todo occidental en viaje primerizo. Pero esa noche, cuando mi amiga volvió de trabajar, me encontró todavía en la cama, devorando uno de sus libros recomendados. Que no eran tantos, apenas llegarían a unos diez, pero que la obligaron a hospedarme no sólo dos días, como habíamos convenido, sino el mes entero que mi viaje pensaba destinar a tres países distintos.

Y, entre esos libros, no había ninguno que no hiciera alguna referencia más o menos directa a los palestinos en el Líbano. En general, hablaban de lo sucedido hasta ahora, del encadenamiento de sucesos que los habían llevado a vivir en calidad de refugiados desde hace más de medio siglo, cuando la creación del Estado de Israel obligó a 750.000 palestinos –de los 900.000 que conformaban el Mandato Británico que mantenía el poder sobre Palestina desde fines de la Primera Guerra Mundial– a emigrar en masa. En Siria, en Jordania, en el Líbano estarían, aparentemente, mejor. Y además, sería solo por un tiempo breve: hasta que terminaran los bombardeos, creyeron. Hoy, muchas de las casas que dejaron en ese momento, e incluso de las aldeas en las que estaban ubicadas, han desaparecido y son casi 4.500.000 los palestinos que viven en

calidad de refugiados. Aproximadamente un tercio habita en campos: el de Chatila es uno de los veinte que hay solo en el Líbano. Uno de esos libros me interesó especialmente porque ponía el foco en un tema ligado al futuro de esos refugiados, y porque por primera vez leía algo que no reducía ese futuro a la creación de un Estado que, como Godot, nunca llega.

Se trata del derecho al retorno, del cual surge el reclamo de los refugiados palestinos por volver al pueblo preciso del que ellos o su familia fueron expulsados y/o a recibir una compensación por parte del Estado israelí. Ese derecho, que está basado en la resolución 194 de las Naciones Unidas aprobada en diciembre de 1948, ha sido medular en el fracaso de cada uno de los encuentros, pactos y hojas de ruta que se han intentado implementar hasta el momento entre israelíes y palestinos. En Israel, muchos ven en ese retorno el peligro de que, dentro de su propio Estado, los judíos se vean obligados a vivir como una minoría amenazada por el mundo árabe. Lo que resulta comprensible: uno de las razones de la existencia de dicho Estado es justamente la necesidad de dejar de ser, en algún momento, una minoría amenazada. Pero no hay amenaza alguna en la lucha por ese derecho, dicen las voces palestinas más propensas al diálogo. Más bien subyace en él un reconocimiento y, a la vez, la necesidad de que dicho Estado reconozca las expulsiones que su existencia provocó. Este año, cuando se cumple el sesenta aniversario de la creación del Estado israelí, el tema está en el centro de muchas discusiones. Elías Sanbar, escritor y embajador de Palestina ante la Unesco, dice en un artículo en *El País* que, desde 1948 hasta ahora, la lucha de los palestinos ha estado centrada fundamentalmente en reafirmar su existencia como pueblo, en demostrar “que en 1948, Palestina, el territorio que se convirtió en el Estado de Israel delimitado por las líneas del ar-

mistico... fue el escenario no de una ocupación sino de una desaparición, de la sustitución de un pueblo por otro”. Hasta ahora se ha tratado, dice, de demostrar que no es cierta la hipótesis extendida de que Palestina y los palestinos no existieron jamás. Ese punto está logrado, dice Sanbar: hoy nadie, mucho menos los israelíes, sostiene aquella hipótesis, pero sigue sin resolverse el reconocimiento del derecho al retorno. En la actualidad, los palestinos que viven en la diáspora son aproximadamente 5.000.000, un número similar al que vive en calidad de refugiados. Y el Estado de Palestina por el que tanto se discute –que incluiría Cisjordania, Franja de Gaza y Jerusalén Este– sería un territorio fragmentado que sumaría 6.000 kilómetros cuadrados (lo que constituye el 22% del territorio palestino previo a 1948). Esos números ayudan a entender por qué para tantos palestinos el reconocimiento de ese derecho es un tema central, incluso más que la creación del Estado palestino, dice Farid Suwwan, embajador de Palestina en la Argentina y especialista en el tema de la diáspora. Y agrega que “es claro que aunque muchas de las últimas generaciones de palestinos, que ya han nacido en otros lugares, no volverán a la aldea de la que fueron expulsados sus antepasados ni a la casa que fue destruida, es fundamental que Israel y la comunidad mundial reconozcan el derecho al retorno que les otorga la legislación internacional. Por la compensación material que eso supone y, sobre todo, por el resarcimiento moral. La paz solo puede surgir cuando las cuentas con el pasado están saldadas, agrega Suwwan.

En un artículo del año 2000 –un año crucial para la discusión acerca del retorno porque por primera vez se reunieron, en Boston, intelectuales, periodistas y representantes de distintas organizaciones que hasta entonces trabajaban sin un programa en común–, Edward Said también señala la importan-

cia que el reconocimiento de ese derecho tendría para una población como la palestina, de la cual aproximadamente el 50% son refugiados que viven en ese estado de exclusión y de desposesión que él sintetiza como *estado de cuarentena*. En los ocho años que pasaron desde ese artículo, escrito por uno de los referentes más lúcidos que ha tenido la cuestión palestina, ni ese tema ni el del Estado palestino han logrado salir de la ciénaga en la que se convierte todo intento de negociación. Nada en el futuro próximo, ni siquiera las frágiles negociaciones de paz retomadas desde el último noviembre, indica que las cosas vayan a cambiar. Y mi recorrido por Chatila revela que la frase de Said para sintetizar las condiciones de vida de los refugiados palestinos no ha perdido ni un ápice de su afilada precisión.✓

**María Sonia
Cristoff**

Trelew, 1965

es escritora y periodista. Su obra pone en jaque las relaciones entre la ficción y la no ficción a partir de su múltiple ejercicio como narradora, cronista y ensayista. Ha publicado el libro de crónica *Falsa calma* (2005), una narración de corte ensayístico, *Desubicados* (2006), y las novelas *Bajo influencia* (2010) e *Inclúyanme afuera* (2014), además de numerosos artículos en la prensa argentina y extranjera. Se desempeña como profesora en la Maestría en Escritura Creativa de la UNTREF.